COLECCIÓN VORÁGINE

CARTAS QUE NUNCA ENVIÉ

Yauci Manuel
Fernández

ESDRÚJULA
EDICIONES

Cartas que nunca envié

Yauci Manuel Fernández Inglés

Cartas que nunca envié

{COLECCIÓN DIÁSTOLE}

Primera edición, abril 2018

© Yauci Manuel Fernández, 2018
© Esdrújula Ediciones, 2018

Esta edición ha sido cofinanciada por el Excelentísimo
Ayuntamiento de Granada y sus Concejalías de Igualdad y Cultura,
y por Esdrújula Ediciones, S.L.
ESDRÚJULA EDICIONES
Calle Martín Bohórquez 23. Local 5, 18005 Granada
www.esdrujula.es
info@esdrujula.es

Edición a cargo de
Víctor Miguel Gallardo Barragán y Mariana Lozano Ortiz
Diseño de cubierta: Dámaris Agudo
Ilustración de cubierta: Adriana Tejero
Impresión: Gami

«Reservados todos los derechos. De conformidad con lo dispuesto en el
Código Penal vigente del Estado Español, podrán ser castigados con penas
de multa y privación de libertad quienes reprodujeren o plagiaren, en todo
o en parte, una obra literaria, artística, o científica, fijada en cualquier
tipo de soporte sin la preceptiva autorización.»

Depósito legal : GR 544-2018
ISBN: 978-84-17042-91-2
Impreso en España· Printed in Spain

A todas las personas que me han hecho soñar,
por enseñarme quién quiero ser.

Y a cada uno de los implicados en el proceso de edición del libro, por aguantarme. Sé que no ha sido fácil.

Cartas que nunca envié

CHICA POESÍA

Escribo sin saber muy bien qué quiero decirte, pero escribo. Me transmites poesía cuando te miro desde lejos. Veo a una persona camuflada entre la gente. Veo la belleza que se encuentra en un alma libre, en un animal salvaje que vive sin pararse a pensar en quién lo mira. Yo no soy poeta ni pretendo serlo, pero sé que tú lo eres. Lo eres porque con una imagen me transmites sensaciones. Tiemblo cuando me encuentro con tu cuerpo en mi mente; haces que me ilumine sin luz y me dejas sordo sin oírte. No sé muy bien qué es eso de la poesía, pero creo que debe de parecerse a esto. Soy solo un fotógrafo que contempla la realidad a través de un cristal y, de repente, tú. Te siento, te admiro. No nos parecemos. No estableceremos contacto. No lo necesitamos. Tú eres quien corre, ríe, muerde y vive mientras yo solo sueño. No encajamos. No somos de la misma especie. Ni siquiera vivimos en el mismo mundo. Cuando yo muera, tú ni lo sabrás. Cuando tú mueras, tal vez el mundo no se dé cuenta de lo mucho que ha perdido. Yo sí que lo sabré.

Esta noche soy solo un hombre que sueña. Quisiera tenerte a mi lado. Sentada en el sofá, viendo nuestra serie preferida. Quisiera sentirme incómodo por estar tan lejos de tu piel. Me tumbaría detrás de ti, y tú te tumbarías conmigo. Me preguntarías si veo bien y te diría que sí. No vería la televisión, pero sí tu pelo, y lo acariciaría. Luego bajaría hasta la espalda, y la recorrería con la yema del dedo. Notaría cómo se eriza tu piel, y te agitarías en un escalofrío sin desviar la atención de la pantalla. Solo soy un hombre que sueña. Solo querría disfrutar de tu piel. Suave, lenta. Dejarme llevar por su tacto. Dejarme deslizar por cada mechón hasta los labios. Imagino ese instante eterno en que solamente te admiro. Eres la chica poesía porque me transmites todas las sensaciones que quisiera vivir, con solo una mirada y una sonrisa.

Tal vez, si nos apeteciera, luego haríamos el amor. En el mismo cuarto o en otro. Eso da igual. Pero el amor. Nada de follar. No en esta noche de cuento. Querría hacerlo mirándote a los ojos. Sintiéndote. A ti, a la persona que hay dentro del cuerpo que admiro. A quien me hace temblar con su sonrisa. Nuestra respiración se agitaría, y con cada bocanada de aire, tu perfume natural me haría sentir. Sentir lo

que tengo dentro de mí, y lo que tengo dentro de ti. Volvería a encontrarme con tu mirada y querría ver locura, calma, felicidad, rabia. Querría verlo todo en tus pupilas dilatadas, en la cascada de colores de alrededor. Eso es lo que para mí significa hacer el amor. Verte completa. Verte amada. Verte poeta.

Esta noche soy un loco que te dice lo mucho que te echa de menos. Nos separan kilómetros, pero quiero tenerte aquí cerca. Poder mirar tus ojos, tus lunares, tus tatuajes. Quiero oír tu voz. Que salga de tus labios y llegue a mis oídos. Nada de pantallas. Nada de electrónica. Tú y yo. Quiero compartir una ciudad contigo. Pasear y disfrutar. Comer, beber y soñar juntos. Quiero compartir una habitación contigo. Encontrarnos en el espacio sin saber que nos buscamos. Cogernos de la mano. Quiero compartir una cama contigo. Olvidarnos de las normas. Que la ropa no nos avergüence. Que nuestros cuerpos sean nuestros y no de quien los mira. Pero, chica poesía, te pido perdón porque tal vez no solo quiera un instante contigo. Puede que quiera compartir mucho más. Puede que te robe besos cuando menos te lo esperes, que te mime cuando te apetezca o que te pida ayuda cuando la necesite. Recuerda que a mí también me gusta que me acaricien la espalda.

Quiero muchas cosas y no quiero ninguna. ¿Nunca has pensado que no mereces lo que sueñas? ¿Nunca has sentido que no mereces ser feliz? A mí me ocurre todos los días. ¿Nunca te ha pasado que no sabes qué decir? A mí me ocurre con cada palabra que escribo. Ya no sé quién eres ni quién soy. No sé qué quiero decirte.

Y, a pesar de ello, sigo poniendo cara de tonto cada vez que te veo sonreír.

Aunque, espera. Ahora que lo pienso, no te conozco. ¿O sí?

~Tú eres quien come, ríe, muerde
y vive, mientras yo solo
sueño~

MALDITO ESPEJO

A veces me miro al espejo y te imagino a mi lado. Lavándote los dientes, cepillándote el pelo o riéndote de mí. Con tu risa fuerte, con tus manías extrañas y tu sentido del humor. Con tus frituras hechas casi sin aceite, tus galletas dietéticas que saben a cartón o tu arroz a la cubana que lleva tortilla en lugar de huevo.

A veces me miro al espejo y te echo de menos. Ya ha pasado mucho desde que nos separamos, pero los años no curan las heridas. La mayor parte del tiempo intento olvidarme de nuestra historia para poder vivir con algo de dignidad. Para que la gente que me conoce no me diga que estoy mal de la cabeza y no me repita que pase página. Eso ya lo sé. Ya ni siquiera le cuento a nadie que me gustaría que volvieras aquí conmigo. Es lo que nos pasa a todos cuando nos imponen el cierre de una etapa de nuestra vida. Yo no quería que te fueras. Pero ahora me toca fingir que no ha pasado nada. Ir a trabajar a diario, seguir luchando por mis sueños, conocer a otras mujeres imaginando que encontraré a una que me haga sentir que no existe ninguna otra. Seguramente lo consiga. Mientras tanto, me toca mirar mi reflejo y sentir que me falta algo.

Esto ya no son cartas que te envío con la esperanza de que vuelvas conmigo. Esto quedará en el cajón de mi disco duro, anclado a una realidad que no va a cambiar. Lo intenté todo para recuperar lo que tuvimos y nada funcionó. Hoy solo me queda levantarme a las seis de la mañana para escribirte estas palabras que nunca leerás. Y es que, ¿para qué querrías leerlas? Un mes después de terminar recorrí esos ochenta kilómetros y me planté en la biblioteca de enfrente de tu casa hasta que anocheció, armado con una de mis cartas, dispuesto a decirte las cosas más bonitas que pudiera pronunciar y a hacerte las mejores promesas que tuviera para volver a mirarme al espejo junto a ti. Y tuve que darle mis escritos a tu hermana, y luego ella a ti. Porque tú no querías verme.

¿Cuántas veces me sinceré asumiendo mis errores y queriendo enmendarlos? Luché más de lo que había luchado nunca. Hice más de lo que suelen hacer esos príncipes de película que, cuando se dan cuenta de que van a perder a la mujer a la que aman, cogen un taxi al aeropuerto, piden perdón y declaran su amor eterno. Yo no soy de

esos, pero que nadie se atreva a decirme que no he luchado. La cuestión es que tú eres una mujer fuerte, alguien que no se deja engañar por pringados como yo, que necesitan segundas oportunidades. Eres la protagonista de tu propia película; no necesitas que nadie te rescate ni que te declare su amor incondicional. No necesitas a ningún hombre, así que eliges a quien lo merezca. Y yo ahí no entro. Duele, pero así es.

Ya son las siete de la mañana y me encuentro solo. No soy ningún protagonista. Nadie vendrá a rescatarme a mí tampoco. Tal vez, estos días, me gustaría que mi princesa viniera a rescatarme a mí. Mientras tanto, veo tus fotos con una persona nueva. Besándote con él en un barco, en el extranjero. Y yo, echándote de menos. Y odiándote.

Te odio porque sigo pensando en ti. Porque sigo llegando a casa cansado y me apetece contarte qué tal me ha ido. Porque, cuando tengo éxito en algo, te busco. Supongo que una parte de mí piensa que, si triunfo, volverás conmigo. Pero sé que no. Es duro aceptar que eso ya no ocurrirá.

Aún recuerdo cuando éramos un equipo. Cuando me contabas tus secretos más íntimos. Yo me sentía inmensamente afortunado. No sé qué nos pasó. O sí lo sé, pero no quiero entenderlo. No lo quiero aceptar.

Creo que ya no busco culpables. He pasado un año creyendo que era el peor novio del mundo. Que te dejé marchar sin darme cuenta. Ahora creo que no fui el único. Que el hombre con el que estás ahora apareció en tu vida cuando las cosas nos iban mal, y eso te llevó a tomar una decisión que ya no pude cambiar. Duele escribirlo. Como no leerás esto, supongo que jamás podré confirmarlo.

Y es que no hay dos palabras que enamoren. Nunca las hubo. Te dije las mías demasiado tarde, en una carta que seguramente no conserves. Quizá pretendía que todo lo que había luchado te demostrara que había cambiado a mejor. No me daba cuenta de que lo que buscabas no era una versión mejorada de mí. En ocasiones, en la vida, hay que reconocer que algo ha terminado. Probablemente es la mejor lección que se puede aprender. Al menos es la que cuidará de que no acumulemos heridas sin cicatrizar.

Ya ha pasado demasiado tiempo. Incluso el espejo muestra algo distinto. Curiosamente, me siento de forma muy parecida. Ahora entiendo muchos de mis fallos y también veo los tuyos. Solo me queda perdonarme por fin. Me habría gustado conocerte más tarde. Tal vez así habríamos evitado esos errores y habríamos disfrutado más de nuestras sonrisas y nuestros besos. No creo que valga la pena vivir en ese universo paralelo para siempre.

Es momento de usar el pasado para mirar al futuro. A partir de hoy, tu recuerdo ya no me atormentará, sino que me ayudará a mirar hacia

delante.

"Es
el momento
de usar el
pasado para
mirar al
futuro"

TE DEJÉ MARCHAR

Tenía miedo. No llevábamos ni dos meses juntos y me vería en aquel auditorio con cientos de personas, entre las que estarían tus hermanas, tus padres y tus profesores. Ya sabes lo poco que me gustan esas situaciones, y no me sentía preparado para conocerlos. Pero era tu día. Pasarías unos nervios enormes, irías a la peluquería, te vestirías como nunca, te halagarían y te felicitarían. Brevemente, serías la protagonista a la que aplaudirían cientos de personas.

Tenía mucho miedo. Aun así, reuní fuerzas y me enfrenté a ello. Aunque me dijiste que no te importaba que no fuera, decidí que no podía perderme tu graduación. Y cuánto me alegro de haber ido. Tu cabello rubio, tu vestido, tu mirada feliz y, sobre todo, conocer a tu familia. Eso sí, lo pasé fatal. Tenía un nudo en el estómago constantemente y, cuando le di dos besos a tu madre y estreché la mano de tu padre, me sentí un completo desconocido a tu lado. Como le pasa a todo el mundo cuando conoce a sus suegros, ¿no?

***

El primer día que fuimos a la playa no me sentí cómodo. Aún estábamos conociéndonos y adoraba tu compañía, pero no me sentía en mi lugar. Ya sabes que soy una persona complicada. Siempre me decías que era el mejor novio del mundo, pero prefería no creérmelo. Así me esforzaría más por tenerte a mi lado.

Paseamos durante un buen rato por la orilla, hicimos el tonto como siempre y, al final, me notaste distante.

No teníamos toalla, pero ¡qué demonios! Nos sentamos en la arena y ya nos limpiaríamos. Y nos quedamos allí hasta que anocheció. Somos muy diferentes en casi todo, pero en esto no. Nos gusta quedarnos en la playa hasta que ya no hay nadie y se pone el sol. Ese momento en el que hay que echarse la camisa por los hombros, porque la brisa refresca. Me encantaba abrazarte desde atrás mientras mirábamos a ningún lado sin decir nada. Ya sé que te gusta hablar, pero adoro esos momentos de silencio y buenas vistas.

***

Cuando volvíamos en coche te noté rara. Te pregunté si estabas bien, y me dijiste que sí. Pronto te diste cuenta de que no tenía sentido ocultarlo y me confesaste que creías que no me lo pasaba bien contigo. ¡Madre del amor hermoso! ¡Cómo pudiste pensar eso! A veces soy distante, ni siquiera sé por qué. Puede que por todo lo que he pasado. Eso sí, te puedo asegurar que te quería y te quiero con todo mi corazón, aunque en ocasiones lo dudes. Supongo que es mi deber demostrártelo en lugar de decírtelo, pero a veces no me doy cuenta. No soy muy expresivo, ya lo sabes.

Decidí que no podía seguir conduciendo mientras tú tenías esas dudas. Tenía que erradicarlas en aquel mismo instante. Sabía que seguramente volverían en un futuro, y así fue, pero en ese momento debía parar el coche y demostrarte que te quería. Aparqué en cuanto pude, y te besé y te recordé que te quería con locura, por si acaso se te hubiese olvidado.

Esa misma noche comencé a escribirte una carta en la que te intentaba explicar por qué soy como soy, aunque no lo sepa ni yo, porque pensabas que era culpa tuya y solo era mi forma de ser. Y me expreso mejor por escrito. Una hoja en blanco siempre me ayuda a aclarar las ideas.

***

Cuando conseguiste aquel trabajo en verano pensé que debía dejarte a tu aire. Era solo un par de días, pero era asunto tuyo, no mío. Nunca me ha gustado mezclar la vida laboral con la sentimental.

En el último momento te pregunté si querías que te acompañara en tu primer día para tantear el terreno, y acabé yendo. No me dejaron entrar y había tenido que madrugar para pasar contigo solo diez minutos de esa mañana, pero eran tus diez minutos de nervios y quería estar contigo. Sé que eres valiente y que podías hacerlo sin mí, sí, pero ¿y lo que disfruté siendo tu apoyo y tu confianza en esos momentos? A pesar de haberme levantado temprano, que sabes que lo odio.

***

Hasta el verano nos había resultado fácil estar juntos porque vivíamos cerca. Entonces llegó el momento en que tuviste que volver a casa de tus padres, a una hora en coche de donde yo vivía. No creí que eso fuera ningún impedimento, pero pasaríamos de quedar continuamente a sacar días a la semana para vernos. Sabíamos que no estaríamos demasiado lejos; aun así, complicaba las cosas. Necesitábamos tomarnos unos días de descanso, irnos a un apartamento, pasar unos días juntos sin la cuenta atrás que suponía la

distancia. Odiaba llegar por la mañana sabiendo que tendría que irme por la noche. Sé que crees que no me importaba, que nunca te demostré que quería quedarme. Recuerdo el día que lloraste cuando me tenía que ir. Yo te dije que no pasaba nada, que en una semana estaría allí otra vez. Decidí ir al día siguiente y sorprenderte con mi presencia. No podía verte así. Desde luego, no te iba a consolar con palabras, sino con hechos. Me necesitabas y allí estuve.

***

Al principio busqué excusas para retrasar nuestros días de relax en un apartamento. Tenía el hombro lesionado por aquella tontería que hice en la playa contigo, y quería que aquellos días juntos fuesen perfectos. Había un pisito para alquilar que era genial. Hice todo lo posible por conseguirlo, pero no pude y no encontré nada mejor, así que me rendí.

A pesar de eso, no podía dejar que nos quedáramos sin nuestros días juntos. Tenía que hacer algo. Seguí buscando y alquilé lo que mejor me pareció. Vaya cuchitril. Cuando vimos aquello casi nos morimos de asco. Pero, aun así, curiosamente, fui feliz contigo. No habíamos podido dormir juntos en mucho tiempo, así que, por horrible que fuera nuestro entorno, teníamos todo lo que necesitábamos.

Siempre he tenido pánico a las cámaras y a exponer mi vida personal ante ellas. No me preguntes por qué. Después de todo el tiempo que ha pasado, recuerdo cuando me dijiste lo mal que te sentó aquel vídeo que grabamos en el que me besabas y yo me alejaba. No quise reconocerlo cuando lo vi. Intenté decir que no era para tanto, que yo era así. Ese maldito vídeo me atormenta hoy. No soporto verlo, y lo que no entiendo es cómo pude no darme cuenta de lo que decías.

A la larga, me habría arrepentido de eso si no fuera porque aquel mismo día te noté mal, así que cogí tu móvil —ya sabes que el mío es una basura— y me puse a grabarnos. Te besé con todas mis ganas en aquella playa preciosa, con tu nuevo paloselfi, que no es que sea santo de mi devoción, pero a ti te gustaba. Del beso se vio poco porque apunté a todo menos a nosotros. Qué puedo decir, estaba concentrado en otra cosa. Diría que hasta nos miraban mal.

***

El día que decidiste que no podíamos seguir, pensé que debía aceptarlo. Tal vez no estuviésemos preparados para estar juntos, o tal vez no pudiésemos adaptarnos el uno al otro como nos gustaría. Recuerdo exactamente cómo fue: te pregunté si querías estar conmigo y, entre lágrimas, respondiste que no. Me bloqueé. Puede que sea normal o que sean cosas que me solo pasan a mí, pero la verdad es

que no supe qué hacer ni qué decir, salvo abrazarte y decirte que todo estaba bien. Como solía hacer. Como tú odiabas que hiciera.

Quizá esperabas que dijera que podríamos resolver nuestros problemas, que podía ser mejor de lo que había sido y que te quería.

Siempre he oído eso de que hay que mantenerse fiel a uno mismo cuando se está con alguien. Dicen que cambiar no es la solución porque, en ese caso, uno se pierde a sí mismo para encontrar a otra persona. Me lo tomé tan en serio que me olvidé de que te quería. Tu risa, nuestras noches hablando, que te quedaras dormida con todas las películas que veíamos, tus besos, tu manía de ponerte el pijama en cuanto llegabas a casa. Puede que esté diciendo esto porque te echo de menos, pero ya me has cambiado sin querer. Me has hecho mejor; me has recordado lo que debo valorar y lo que debo aplazar. Debido a mi pasado y a mi necesidad de evitar el dolor, hace muchos años que me volví una persona mucho menos emocional de lo que era. Te puedo decir con total seguridad que ya no soy el mismo. Te puedo decir con total seguridad que te quiero.

Por suerte, aquel día superé el bloqueo y te dije todo esto cuando aún no era tarde. Nos dimos una nueva oportunidad, y fuimos felices y comimos perdices el resto de nuestras vidas.

***

Sabes bien que esta historia sería maravillosa y sería nuestra si no fuera porque no es real. Porque, ante cada una de esas situaciones que vivimos, no reaccioné así. Ojalá pudiera explicarte por qué. Lo único que se me ocurre es que soy el imbécil que crees que soy. El día de tu graduación me quedé en casa por miedo. Cuando fuimos a la playa nos volvimos después de dar el paseo. Tampoco paré el coche cuando me preguntaste si me lo pasaba bien contigo. No te acompañé aquellos diez minutos antes de tu primer trabajo. Nunca te di la sorpresa de ir dos días seguidos a verte, ni alquilé ningún cuchitril para que pasáramos unos días juntos. No asumí el error que había cometido cuando me besaste frente a la cámara. Y, desde luego, tampoco superé el bloqueo cuando me dijiste que no querías seguir conmigo.

Ojalá esos fueran los únicos momentos que te llevaron a tomar esa decisión. Sé que no es así. Sé que he sido mucho peor de lo que cuento y de lo que veo, y que perdiste la confianza en mí por la sencilla razón de que pensabas que no te quería.

No entiendo por qué fui tan imbécil. Ojalá encontrara una razón en un trauma de la infancia y pudiera justificarme, pero simplemente, no la encuentro. Simplemente, fui así. Sin excusas.

El pasado es el pasado y ha sido maravilloso. Desde el día en que nos conocimos me he ido enamorando de ti cada vez más. Poco a poco, sin descanso. Siempre con un pie en la tierra, convenciéndome

de que puedo vivir sin ti, aterrado por si algún día decidías irte. Y sí que puedo. Es lo que hago hoy y lo he asumido. No soy ni la mitad de feliz que cuando estábamos juntos, pero me convenzo de que en otras ocasiones lo he pasado mucho peor y puedo seguir adelante.

Sé que estas palabras no son suficientes para que recuperes la confianza en mí. Sé que las palabras no son hechos y que lo que hice pesa más que lo que pueda decir jamás. No te pido nada, excepto que me leas. Necesito que sepas que no fuiste una más, que me hiciste mejor de lo que soy y que te echaré de menos. En el futuro supongo que conoceré a alguien y me volveré a enamorar, pero tú siempre formarás parte de mi vida por muy lejos que estés. En cada rosa que regale, en cada carta que escriba y en cada *Te quiero* que confiese. Porque tú cambiaste el significado de cada una de esas cosas.

Tengo la esperanza de que algún día, sea mañana o justo antes de morir, me vuelvas a decir que estás loca, sí, pero no tanto. Así sabré que quieres volver a empezar. Volveré a ser ese chico con duende que decías al principio, que te contaba quién era poco a poco y del que te enamoraste, y que esta vez no volverá a cometer los mismos errores.

Puede que exista el destino y no estemos hechos para estar juntos. Eso es algo que no puedo controlar, me guste o no. Eso sí, te recuerdo que el destino me cae jodidamente mal. Yo decido quién soy y qué quiero ser. Si quiero cambiar, es mi decisión. Sé que tú también estás tomando la tuya.

A fin de cuentas, la esperanza es muy pequeña, pero aquí estoy, luchando un día más por demostrarte que aún puedo ser mejor.

Al menos, tengo el consuelo de que has leído esto. Y es que ya sabes que estoy loco, sí, aunque tú tienes parte de la culpa.

«Siempre formarás parte
de mi vida
por muy lejos que
estés»

AMORES IMPOSIBLES

ÉL

Todos sabemos que existen los amores imposibles. Tú eres el mío.

Nos conocimos de casualidad, como se conoce a todo el mundo. Casualidad o destino. Qué más da.

No creo que exista el amor a primera vista. Solo es atracción, que luego puede convertirse en algo más. ¿Cuántas veces hemos creído sentir amor para después darnos cuenta de que no es así?

Pero tú me enganchaste por tu forma de hablar, por tu sonrisa, por tu sentido del humor. Es la madurez que se encuentra tras las palabras lo que hace que me enamore. Aunque no sé muy bien qué es eso del enamoramiento, salvo etiquetas que a la gente le da por poner y que no me gustan.

Desde que nos conocimos bastaron dos días para que me confiaras uno de tus secretos más íntimos. Los mismos que tardé en saber que yo también confiaba en ti. Un día entero hablando a través de una pantalla es muchísimo. Los dos lo sabemos. Eso no ocurre con cualquiera. Supongo que mucha gente no lo entenderá. Es la suerte y la desgracia del nuevo mundo.

No sé muy bien por qué escribo esto cuando solamente te conozco desde hace dos días. Es probable que dentro de una semana todo haya cambiado y este sentimiento haya desaparecido. No me importa. Esta noche prefiero quedarme en casa para escribirte esto, con la esperanza de que me alcance el valor para pulsar el botón de enviar. Y es que soy un loco al que no le da miedo decir lo que siente: que quiero estar contigo. No me refiero a una boda, a unos anillos ni, mucho menos, a un banquete. Me refiero a conocerte cada nuevo día. A lo mejor mi concepto es distinto, pero tal vez prefiera no ser como los demás. Soy consciente de que la vida cambia a cada instante y no sabemos cómo va a sorprendernos. Es el futuro que deseamos lo que nos hace ser quienes somos. El que imaginamos, el que soñamos. Eso es lo que verdaderamente importa. Lo que ocurra debería de importarnos una mierda, porque eso no lo podemos controlar. Hoy sueño que me caso contigo, aunque no me gusten las bodas. Mañana ya despertaré.

Recuerdo que una vez, una amiga me dijo que no la conocía del

todo. Le respondí algo que hoy te repito a ti: nunca se puede conocer a alguien del todo. Lo único que se puede hacer es pedir un día más para seguir conociéndolo. Eso es lo que te pido.

Al decirte esto sé que mañana no me verás igual. Imagino que nunca volveremos a hablar del tema y que no volveré a sentir que estoy en un sueño cuando hablo contigo. Es lo que tiene ser sincero: sirve para que entiendas lo que me pasa por la cabeza, pero esta vez es algo que no quieres saber. Sobre todo porque, aunque sé que para ti estos días también han sido especiales, ya tienes alguien a quien querer.

Aunque claro, eso ocurriría si me atreviese a dar al botón. Por ahora, estas palabras se quedan guardadas hasta que un día decida que ya es hora de descubrirte lo que sentí cuando nos conocimos. Y es que, por ahora, no quiero meterme entre dos personas. Es lo malo de los amores que no se confiesan: son amores imposibles.

***

Aunque no escribí esas palabras para que las leyeras, sino para desahogarme, no pude evitar cedértelas. En las películas, las personas que son capaces de mantener su amor en secreto son las que parecen más nobles. Sus sentimientos parecen más profundos. A veces pienso eso, lo reconozco, pero no se me da bien ocultar lo que siento.

Hubo un día en que prefería no confesar lo que sentía para no hacer daño a los demás, pero eso ya pasó. Hoy quiero contarte quién soy y qué me pasa por la cabeza en cada momento, aunque no te guste. No tengo miedo de que me juzgues. Puede que haya gente que no quiera descubrirse ante los demás. Yo he perdido el miedo de ser quien soy, porque creo que soy un buen hombre. Lucho por lo que considero correcto y no soy perfecto ni un santo, pero nadie lo es.

Sí, sigues siendo un amor imposible. Hay quienes dicen que todo es posible con el esfuerzo suficiente, pero creo que no se acuerdan de que la vida no solo depende de uno mismo. Hay decisiones que dependen de otras personas, y no podemos obligarlas. No pretendo decidir por ti. De hecho, quiero decirte que lo mejor que puedes hacer es mantenerte alejada de mí. Tienes a alguien a quien quieres y no puedo pedirte que renuncies a eso. Pero tampoco voy a pedirme a mí mismo olvidarte, cuando no es lo que quiero. Pasaría menos noches en vela. Tampoco voy a dejar que nadie se atreva a decirme lo que es mejor para mí, ni siquiera yo. Un día aprendí que debo hacer lo que quiero. Sé que no todo el mundo puede decir eso, pero creo que yo me lo he ganado, aunque no sé muy bien por qué.

Y lo que quiero es respetar tu relación, y también quererte. No es compatible, pero me da igual. Estoy hecho un lío y no sé muy bien lo que digo, pero también me da igual. Duele confiar en que fracase tu

relación para, entonces, tener una mínima oportunidad de que nos cojamos de la mano. No me gusta, como tantísimas otras cosas de este mundo. Si se trata de amor, estoy dispuesto a aceptar esas contradicciones.

Soy el primero que piensa que cuando algo no nos gusta, debemos intentar cambiarlo. Y es lo que pienso hacer en el futuro. No obstante, hoy debo tomar una decisión sobre mí y sobre ti, y no hay tiempo para pensar en ideales ni en conceptos. Cada día cuenta, y no voy a desperdiciar ni una sola oportunidad de verte ni de estar contigo.

***

Después de enviarte mi primera carta, necesitaba preguntarte si estaba loco o me quedaba un poco de cordura. No esperaba que me respondieras que sí, que estaba loco, pero que tú también lo estabas.

Aunque esta historia también signifique algo para ti, sigue siendo un amor imposible. Aun así, me basta con saber que nos queda una pizca de aquello que teníamos de niños. Recuerdo que yo soñaba con ser el héroe que salvara a una doncella que se enamoraría perdidamente de él. Cómo cambian las cosas. Ya no quiero ser ningún héroe ni busco una doncella.

Tal vez en un universo paralelo pueda probar el sabor de tus labios. Tal vez pueda aspirar el aroma de tu cuello, disfrutar de tu cuerpo recién duchado. Tal vez, incluso, pueda abrazarte después de llorar, o cuidarte cuando enfermes. Así podría averiguar si eres la mujer que creo que eres. Pero es duro aceptar que, en este universo, nada de eso pasará. No probaré tus labios ni tu cuello ni tu cuerpo. Porque no funciona así. No puedo esperar que te enamores de mí cuando estás con una persona a la que quieres y que te quiere. Me gustaría pensar que, si pudieses probar lo que significa estar conmigo, te quedarías a mi lado. Y a lo mejor, como el tiempo pasa y todo cambia, podría ocurrir.

No soy un hombre de película. No creo en el destino, en el amor verdadero, en el amor a primera vista ni en las medias naranjas. Soy una simple persona que te escribe para que la entiendas, aunque no nos sirva de nada. Vale, confieso que también intento tentarte un poco. Qué puedo decir. No soy ningún santo.

No creo que la esperanza sea lo último que se pierde, pero yo todavía la conservo.

ELLA

El día que te conocí me conquistaste. Fue algo imprevisto, porque soy fiel a mi pareja. Me siento culpable, pero no puedo mentirte. Tú me has regalado tu sinceridad durante estas semanas, y yo quiero

premiarte con la mía. Recuerdo mirarte mientras sonreías distraído, hasta que tus ojos se clavaron en mí. Aparté la vista rápidamente y me ruboricé. En aquel momento olvidé que tenía novio. En la cena estuve a punto de sentarme lejos, con mis compañeros, pero vi una silla libre un poco más cerca de ti y la aproveché. Cuando llevábamos los equipos de sonido al coche, te prestaste caballeroso a ayudarnos. Al volver a casa me invadió una euforia que solo había sentido dos veces, con dos personas. La primera vez, él se convirtió en mi pareja. La segunda, también. Pero nunca me había ocurrido mientras estaba con alguien, y tengo que decirte que lo quiero. Es un buen hombre. Tiene sus cosas, como todo el mundo, pero sé que también me quiere y me veo en un futuro con él.

No entiendo muy bien por qué siento esta conexión contigo. Tal vez sea que he entrado en la rutina, o que una parte de mí necesita una novedad. No lo sé, y eso me confunde. Es posible que, si me está ocurriendo esto, sea porque las cosas no van bien, pero no puedo dejar la relación que estoy viviendo así como así. No, eso no se hace. Un día me uní en palabras con un hombre y sigo adelante con ese compromiso, y si se rompe, no quiero que sea porque existe una tercera persona, sino porque, simplemente, ha llegado el momento de que termine. Sí, ahora mismo tengo algunos problemas con él, pero lo quiero.

Soy demasiado joven para saber si esto que estamos viviendo pasa constantemente en una relación larga. Tal vez sí, y las parejas que sobreviven son las que luchan permanentemente por estar unidas. En las películas y los libros, siempre es fácil elegir. Hay una opción correcta y otra incorrecta. Uno es el malo y el otro es el bueno. Ojalá la vida real fuera tan sencilla. Puede que así supiera si debo abandonar una relación por la que he luchado muchísimo y en la que he vivido momentos increíbles, para encontrar un amor que sé que es maravilloso.

Esta será la única vez que te escriba sobre esto, porque debo lealtad y respeto al hombre que ha estado conmigo durante años. Cada palabra que escribo en esta carta me separa más de él, y eso me duele.

Ojalá todo fuera más sencillo.

ÉL

Se supone que cuando se está enamorado de alguien se debe intentar luchar por él, cueste lo que cueste. Debería decirte que si sientes algo por mí, es porque algo está fallando en tu relación. Debería decirte que sí, que todos tenemos nuestras cosas, pero que hay que adaptarse al otro lo máximo que podamos y él no lo está haciendo. Ahora que has pasado unos días enferma, debería decirte que él no ha estado ahí para cuidarte y que yo no habría faltado. Pero

sé que no tengo derecho a decirlo, y tampoco sé si sería verdad.

Antes de conocerte no había sido el peor novio del mundo, pero sí había sido egoísta en muchas ocasiones. Es duro decirlo, porque tuve la inmensa suerte de tener a mi lado a dos mujeres fantásticas que me querían y que lucharon por mí, pero he pecado de demasiado independiente, demasiado retraído, demasiado distante. De niños nos contaron que los príncipes lo hacían todo por sus princesas, y me estampé al darme cuenta de que los príncipes nunca triunfaban. Me volví un guerrero que luchaba por sí mismo y sí, triunfé, pero no me llenó. No sé qué significa la palabra felicidad, ni me apetece saberlo. No quiero hacer solamente lo que me hace feliz, sino lo que creo que es correcto. Y me equivoqué al luchar más por mí mismo que por los demás. No quiero volver a ser así, y no quiero volver a perder a alguien a quien quiero por ello. Creo que he llegado a aprender que el egoísmo no sirve de nada y que debemos apoyar a diario a quienes queremos.

Creo que haces bien en seguir con él. Seguramente son esas rachas por las que pasa cualquier relación. No conozco en absoluto la historia que has vivido con él, ni lo conozco a él, y a ti apenas te conozco desde hace dos semanas, así que es una locura. Una de tantas.

Eso sí, el día en que nos conocimos, cuando te vi mirándome, sentí un cosquilleo en el estómago. Cuando creí que te sentarías lejos de mí en la cena, pensé que no tenía ninguna razón para seguir allí. Y cuando os ayudé a llevar el equipo de sonido al coche, confieso que si me acerqué fue solo porque estabas tú. Ese día fui feliz incluso cuando dijiste que no te gustaba el chocolate. Demonios, ¿a quién no le gusta el chocolate?

Esa noche, mientras volvía a casa, no podía dejar de sonreír. Yo también sentía esa euforia de la que hablas.

Creo que sé cómo acabará esta historia, pero quiero decirte que, aun así, es hermosa. Estas cartas llenas de sentimientos son hermosas.

Es más de lo que podía soñar cuando me levanté el día en que nos conocimos. Más, incluso, que aquellas historias de héroes que soñaba que viviría cuando fuera mayor.

***

No me culpes.

No me culpes por querer estar a tu lado sin barreras, por no querer ocultarte nada y decirte que te quiero. No me culpes por soñar contigo algunas noches, ni por mirar tus fotos cuando me siento solo o feliz. No me culpes por sufrir cuando te veo besarlo, ni por querer que me elijas a mí.

Sé bien que lo que hemos vivido juntos no es nada. Que si dijera «La conozco desde hace dos semanas» me mirarían como si fuera un crío

encaprichado. Que no es lo normal y que nadie me tomaría en serio. Por eso no le digo a nadie que estoy enamorado de ti. Solo a estas cartas que escribo con la esperanza de que algún día, si alguien las lee, sepa que a veces el tiempo no lo es todo. Que en un segundo la vida se puede perder, pero también se puede ganar.

Esta noche siento que has tomado tu decisión y que yo no formo parte de ella. Tal vez por eso hoy me siento desdichado y tengo más ganas de luchar por ti. Me invade ese fuego que a veces estalla y que me hizo cometer esas locuras por amor con las que tanto sufrí de niño. Aunque aún lo sigo siendo. Y no, no voy a ser ese loco esta vez, porque no lo mereces. No mereces el aprieto de tener que decir que no, porque es demasiado duro. No quiero hacerte pasar ese mal trago, así que tendré que quedarme aquí, escribiéndote en el portátil estas palabras que jamás leerás, tal vez intentando olvidarte, tal vez intentando recordarte. No lo sé, porque ya sabes que no me gusta hacer planes.

Puede que un día aparezca esa gran casualidad. La que nos permita volver a conocernos en otras circunstancias. Así, quizá consiga que tú también te enamores de mí y pueda disfrutar de acariciar esas manos hermosas que ya observaba en aquella cena.

Así que, por favor, no me culpes. Perdóname por luchar por este amor imposible. Y es que, si no es por esto, ¿por qué debería luchar?

Todos sabemos que existen los amores imposibles. Y también hay que luchar por ellos, aunque sea una locura. Es lo que hacemos los locos.

"Nunca se puede conocer a alguien del todo

Lo único que se puede hacer es pedir
un día más para seguir conociéndolo"

LA ÚLTIMA NOCHE

Todo comenzó con tus pupilas. Me miraste y todo se desvaneció. Es curioso el efecto que tienes en mí. En el fondo, te vi a ti. Vulnerable. Vi tu miedo a que pasaran los minutos, tu impotencia por no poder decidir sobre nosotros el día de mañana, tu rabia al verte reflejada en mis ojos sabiendo que me iría. Siempre me sorprenden las emociones que se pueden percibir de forma tan directa.

Solo había una luz tenue que nos iluminaba desde la lamparilla. Aún quedaba el olor a frutos del bosque de la vela que te encanta poner cuando anochece. Todavía me sorprenden tus manías. No sé qué extraño fenómeno ocurre en mi mente para que las adore.

Con un parpadeo, sentí que pedías que me acercara. Sabía que aquella noche todo debía ocurrir lento. La vida se disfruta más cuando nos detenemos a observar los pequeños detalles. Son lo que nos hace especiales. Ese granito que te suele salir en el cuello y que odias. Los calcetines que siempre dejas justo delante de la cama. La ropa que colocas por la noche para vestirte al día siguiente. El rizo que te cae por la frente y que te empeñas en llevar detrás de la oreja una y otra vez. Eres tú.

No me lancé a besarte aún. Preferí quedarme cerca de ti. Contemplarte. No recuerdo cuánto tiempo estuvimos así, pero sí recuerdo las ganas que tenía de romper las barreras que nos separaban. Al día siguiente volveríamos a estar lejos. Muy lejos. Entonces quería estar cerca. Muy cerca.

Era el momento. Acerqué la mano a tu mejilla. El pulgar te recorrió el pómulo mientras el resto de los dedos comenzaban a deslizarse por tu cuello. El frío de tu piel me hizo sentirte humana. Frágil. Como yo. Con un corazón latiendo, agitado. Fuimos conscientes de que la vida pasa, pero que también se vive. Entonces empecé a sentir tu aliento en los labios. Tu olor. Llevé la lengua hasta ti, solo para rozarte. Sé que te encanta notarme en la piel. Ese beso me sumió en un sueño idílico del que no me apetecía despertar. O tal vez me despertó, de una realidad rutinaria y aburrida. De un trabajo en el que no encajaba. De una familia a la que solo me unía la sangre. Tu pelo desprendía su aroma mientras ladeábamos la cabeza para encontrar una postura en la que nos fundiéramos en uno. Te conocía lo suficiente para saber que algo

empezaba a derretirse en tus caderas. A mí me estaba ocurriendo lo mismo.

Me encanta usar las manos. Acariciarte la espalda. Encontrarme con tus imperfecciones. Sentirte. Así que, mientras batallaban nuestros labios compitiendo por ver quién se ponía encima y quién debajo, me puse a usar las yemas de los dedos para deslizarme por tu piel y causarte un escalofrío. No me quedé satisfecho hasta que profundicé entre tus costados y noté que te erizabas. Volví a subir hasta tu cabello. Me hundí en él, en su calor. Y mientras te besaba oí un ligerísimo gemido de placer. El primero de muchos aquella noche. Te di un mordisquito en el labio inferior, que sabes que me encanta. Mis dedos te masajeaban la cabeza, porque sé que te excita más que nada. Y quería que te excitaras. Quería que aquella noche fuera la Noche. La que recordaríamos el resto de nuestra vida.

Volví a notar tu piel de gallina y sentí unas ganas infernales de disfrutarla en tu pecho, pero no. Aún no.

Conozco tus complejos. Todos los tenemos. Que si demasiado grande, demasiado pequeño, demasiado grueso o demasiado delgado. Siempre demasiado. ¿Cuándo nos daremos cuenta de que la belleza no se trata de demasiados, sino de instantes? Me encanta dar la vuelta a tus temores. Saborear aquello de tu cuerpo que no te gusta. Algo que te da miedo que vean los demás. Yo quiero contemplarlo, disfrutarlo. Seré raro, o tal vez solo seré uno más. Pero estábamos solos. Tú y yo. ¿Qué más da el pasado o el futuro? Y qué más darán los complejos. No querría que me ocultaras nada por miedo.

Al volver a mirarte a los ojos me encontré con tu deseo. Sentí que me pedías que te desnudara porque no podías más. Necesitabas más. Necesitabas arder. Conmigo. Y te complací. No porque tú quisieras, sino porque nosotros queríamos. Mis manos se ocultaban tras tu camisón, seguían acariciándote. Pero ahora tenían un nuevo trabajo. Salieron de su escondite hasta llegar al borde de la tela y empezaron a levantarla. Tú te revolviste para ponérmelo más difícil porque sabes que me gustan los retos. Cuando llegué hasta tu pecho, cerré los ojos, y cuando los abrí, me derretí al encontrar ese camisón en el suelo. Te miré a los ojos y sentí un escalofrío al saber que ya no habría nada que te cubriera el pecho.

Pude haberme quitado la ropa a continuación, pero eso no funciona contigo. Siempre necesitas encargarte tú. Los cuentos de princesas que se dejan hacer no valen para ti. Tú sabes lo que quieres y lo haces. Me encanta que seas tú misma quien te salve una y otra vez. No esperas a ningún príncipe que venga a salvarte. No dejas que nadie decida por ti. Así que no tardaste en asaltar mi camiseta de tirantes y mi pantalón de pijama. Mientras tú me desvestías, yo solo disfrutaba de mirarte completa. Desnuda. O casi.

Ahí estábamos. Tú y yo, en ropa interior.

Hacía tiempo que contigo me volví vulnerable. Tuve que bajar y besarte cada lunar del pecho. Y lo que no son lunares. Lamerlos lentamente. Sorberlos. Que entraran en mi boca. Adoro ese escalofrío que me inunda cuando llego hasta tus pezones. Al lanzar la lengua, noté una fuerza dentro de mí que ansiaba ser liberada. Se acrecentó cuando noté como se agitaba tu respiración, como echabas la cabeza hacia atrás y soltabas el segundo gemido. Mis ganas de hacerte disfrutar no eran pocas, pero entonces se volvieron fuego. Mis caderas lo sentían. Con las manos volví a recorrerte la espalda. Ojalá hubiese conseguido ser suave. No hubo forma. Estaba demasiado excitado y mis dedos te apretaron, aunque no pareció disgustarte. Cuando dejé de lamerte, tuve que mirarte a los ojos. Encontré tu mirada ansiosa. Fuerte y débil al mismo tiempo. Me querías dentro de ti, y lo querías ya. Pero así no se hacen las cosas. Era nuestra última noche. Valía la pena hacerlo bien. Volví a besarte con todas esas ganas que tenía.

Qué difícil se hacía mantener la ropa puesta contigo.

Mientras sentía lo mucho que me deseabas, nos volvimos traviesos. Supongo que estábamos conectados y los dos nos dirigimos a la entrepierna con las manos. Imagino las ganas que tenías, pero tuve que pararte. Sé que no me habría podido contener si me tocabas. Solo un gesto tuyo me habría hecho perder el control, quitarte la poca ropa que te quedaba y entrar en ti. Y antes de eso quería verte disfrutar sin haberme perdido entre tus gemidos.

Menos mal que no me haces caso nunca.

—No —dijiste—. Los dos o ninguno.

Nunca se me dio bien llevarte la contraria.

Así que me dejé hacer. Dejé que me tocaras, y esta vez me recorrió un calor frío que bajó desde la nuca hasta las caderas. Con mucho esfuerzo por seguir moviéndome, yo también te toqué. Lo justo para notar que te desbordaba la humedad, para sentir un suspiro más, para besarnos como si no hubiera mañana. Y es que no lo había.

Entonces se acabó. Nada de juegos. No más miradas indiscretas, palabras indirectas ni manos traviesas. Solo tú y yo. Dentro. Fue cuando desaparecieron todas las sensaciones del cuerpo para dejar solamente una. Cuando tus ojos y los míos se volvieron más sinceros que nunca. Te miré desde lejos, todo lo que podía, y me sentí especial. Me habías dado la oportunidad de verte. Pocos saben lo que yo. Pocos han visto lo que yo. Pocos han sentido este amor, que para mí era eterno en ese momento. Algo eterno dura siempre y nosotros acabaríamos al día siguiente, pero quería mi propia definición. Quería que la eternidad se convirtiera en una sensación que nos hace inmensos. Quería vivir contigo una vida aunque solo tuviera unos minutos.

Y seguimos adelante. Lento. Muy lento. Cada ida y venida tenía que ser única. No era un empuje, ni un tira y afloja. No quise dejar de mirarte ni de tocarte. Quería que me disfrutaras y quería disfrutarte. Tu pecho estaba erizado y vivía en un vaivén que adoro contemplar. Tu piel estaba fría y mojada de sudor. Nuestros olores se habían disparado. Tu pelo se movía cuando vibrábamos. Tus músculos se contraían y dilataban. Tu boca estaba medio abierta y respiraba con fuerza. Tu aliento se desprendía de ti incontrolable. Tus caderas se movían por inercia, como las mías. Me mirabas y te deseaba tanto que no aguantaba más. Todo se volvió rápido. El mundo se paró. Podríamos llevar tres horas o tres minutos, pero nos daba igual.

—Más lento, quiero esperarte —dijiste.

Pero no era capaz de hablar, y la idea de que no podías contenerte me excitaba.

—No —conseguí responder.

Porque yo también estaba llegando. No estallaríamos juntos, pero me daba igual. Eso solo pasa en los cuentos de hadas, en las películas y en las novelas rosa. En la vida real nos adaptamos. Quería que fueras tú primero, así que empecé a moverme más rápido. Más rápido y más fuerte. Llegando más adentro. El sonido hueco de cada embestida reverberaba en la habitación. Supe que te gustaba porque empezaste a morderte el labio y se te agitó aún más la respiración. Todo tu cuerpo vibraba más que antes; me devolvías las caderas con mucha fuerza, y me adapté a tu ritmo. Siempre estaba a punto de salir, pero luego volvía a entrar.

—No pares —me susurraste al oído.

No se me habría ocurrido parar. No habría parado hasta que no temblaras de placer.

Hasta que, finalmente, abriste la boca y se te arrugó el entrecejo mientras llegaban los gemidos uno tras otro. No conocía esa voz instintiva tuya. Me agarraste las nalgas. Esos últimos segundos, la fuerza iba y venía. Pronto soltaste las manos, pero no porque quisieras, sino porque no podías evitarlo. Las piernas te empezaron a temblar y echaste la cabeza hacia atrás. Cerraste los ojos, que ya se habían perdido en algún punto del techo, mientras yo acababa con las fuerzas que me quedaban, admirando tu orgasmo y encontrando el mío entre tu placer. Nunca habíamos llegado juntos. A veces, los cuentos se cumplen. Pocas, pero ocurre.

Extasiado, me eché a un lado para tumbarme junto a ti. No quisiste que me separara, así que te giraste para que siguiera dentro. No pude evitar reírme cuando nos miramos con ese pelo húmedo, ese aspecto desaliñado, incluso ese olor a sexo y sudor que nos impregnaba. A ti también te hizo gracia. Me gustó oír tu risa. Siempre me había gustado.

Ojalá todo fuera como en esas películas y al terminar nos pudiéramos quedar dormidos como si nada. Al menos yo, necesité ir a beber agua e ir al baño a asearme, hasta que pude tumbarme junto a ti. Después de crear el fuego hay que disfrutar de las cenizas.

—No te pongas la ropa —te dije.

Aceptaste, no sin soltar una risilla.

—Al final me voy a creer que te gusta verme desnuda —respondiste.

—Qué va —bromeé—. Es solo para que estés más cómoda.

Y todo acaba aunque no queramos. Cada noche termina y da paso a un nuevo amanecer. El mundo gira aunque nosotros sigamos en la cama. Las horas pasan. Los aviones salen. Y yo tenía uno que coger.

El momento que más me gustaba del día, cuando estaba contigo, era el despertar. Me encantaba verte despeinada, con el maquillaje corrido o sin maquillar, con ojeras, con el pijama fuera de su sitio para que se te viera todo, o incluso desnuda. Me daba igual. Lo que quería era verte a ti, sin intentar aparentar nada, sin secretos. Tú misma, sin más.

El problema es que todo acaba.

—Quédate —me pediste antes de que marchara al aeropuerto.

No se puede contestar a eso. Al menos, yo no pude.

Todo comenzó con tus pupilas. Y todo acabó con ellas. No me quedé.

Pero sí volví. Y sigo adorando verte dormir despeinada, desmaquillada, con esas ojeras largas y el pijama mal puesto. Volverá a acabarse algún día. Por una razón o por otra. Sinceramente, ¿a quién le importa? Yo voy a disfrutar cada momento de ti. No sé si mañana tendré que irme, o si te irás tú. No sé si el amor es para siempre, si habrá algo que nos impida estar juntos. Lo que tenga que llegar, llegará. Nosotros estaremos aquí para hacerle frente. Juntos.

Tal vez haya algo que consiga separarnos algún día. No va a ser fácil.

~Todo comenzó con sus pupilas~

PERFECTA

Hay momentos que te cambian la vida. Todos sufrimos, todos cambiamos. Podría empezar a contar las historias que me hicieron como soy, pero no es de eso de lo que quiero hablarte. Ya está bien de hablar de mí. Hoy toca hablar de ti.

Sé que no soy nadie para dar consejos, que no sé nada sobre ti. Jamás te he visto llorar ni reír. Tampoco sufrir ni disfrutar. A lo mejor ni siquiera sé quién eres. Pero déjame decirte que ya es suficiente.

Puede que se burlaran de ti en el colegio. Puede que te llamaran gorda o flaca. Puede que te miraran con desprecio. Puede que te hicieran creer que serían tus amigas para siempre. Puede que incluso creyeras que él estaría a tu lado hasta el último de tus días.

No tengo derecho a decirte esto, pero perdónalos. Eran críos.

El pasado duele en el presente. Y también afecta al futuro. Pero no permitas que ellos tomen tus decisiones. Ni ellos ni su recuerdo. Aprendiste a evitar mirarte en el espejo por su culpa. O tal vez no fueran ellos, sino el cabrón que se aprovechaba de ti. El que te decía que te quería cuando solo pensaba en sí mismo. Seguramente fue ese el que te enseñó a creer que eras una mierda, que no valías nada. Ese que te trataba como a un objeto y que cada palabra que escupía su boca tenía la única función de manipular.

No conozco tus historias. No sé si quieres contármelas y no sé si las merezco. Ni siquiera sé si puedo ayudarte. Voy a intentarlo. Siempre digo que las palabras pueden cambiar el mundo. Lo sé porque han cambiado el mío.

Quiero decirte que no importa lo que pasó. Duele, sí. Aprendimos y seguiremos aprendiendo de cada experiencia el resto de nuestra vida. Cuando llegue esa noche en la que nos sintamos vulnerables, nos volveremos a acordar de ese momento que cambió nuestro rumbo y volveremos a llorar. Así son las cosas y no pretendo cambiarlas. Pero cuando nos levantemos por la mañana, podemos ser fuertes.

Cuando nos miremos al espejo, antes de lavarnos los dientes, seremos capaces de recordar que no importan las cicatrices, los michelines ni esos pelos que salen donde nadie se los espera. Ni siquiera ese grano imprevisible al que nuestros amigos ponen nombre. No importa nada de eso, porque al mirarnos veremos una historia. Un

libro escrito por nosotros mismos. A lo mejor no es un libro cojonudo. De hecho, el mío sería bastante aburrido, plagado de noches en casa y tardes sin salir. Aun así, es el nuestro. Alégrate al ver tu libro. Siéntete orgullosa de haberlo escrito.

Dejemos de pensar en nuestros defectos. Olvidémonos de nuestro reflejo, de lo que la gente ve en nosotros, y disfrutemos más de los pequeños placeres de la vida. Es fácil decirlo, pero empecemos por hacer estallar burbujas, arrugar papeles y tirarlos a la papelera. Lo que sea que nos haga sentir bien.

No es sencillo. Cuando miremos atrás, veremos demasiados recuerdos dolorosos. Algunos verán sangre; otros, cuernos; otros, la guadaña. Cada persona tendrá sus historias y con los años tendrá cada vez más. Vemos por televisión a diario que la vida es maravillosa, y sí que lo es. El problema es que se olvidaron de avisarnos de que también puede doler. Y duele mucho.

Pero hazme un favor: cuando te mires al espejo, recuerda que eres preciosa. Tal vez tú misma no lo veas. Por eso te pido que lo recuerdes.

"Cuando te mires al espejo
recuerda que eres preciosa"

CARTA A MI YO FUTURO

Sé que no entenderás muy bien por qué escribo esto. Has vivido más que yo. Sabes más que yo. Pero tengo que decirte una cosa: tengo miedo.

Hace tiempo que, cuando veo a los mayores, veo infelicidad. No es que sea un niño pequeño. O tal vez sí. Tal vez esté en el cuerpo de un adulto y mi mente aún no haya crecido. Veo vidas que avanzan sin saber muy bien por qué. Cada día miro las noticias y ocurren cosas que no puedo comprender. ¿Cómo puede ser que nadie haga nada por las injusticias? ¿Cómo es que la burocracia impide salvar vidas? Cuando alguien llora cerca de mí, lo ayudo. Y no soy especial; eso hacemos casi todos. ¿Por qué cuando miro el mundo que me rodea no es así? Está claro que hay mucho que no sé. Que la vida da muchas vueltas y que lo que parece sencillo es lo más complejo.

ecesito que me prometas que vas a ser diferente. Sé que soy un crío y que no entiendo tus problemas, tus preocupaciones o tus miedos. Pero necesitamos hacer algo para que cambien las cosas. No podemos dejar que los años nos quiten la ilusión, las ganas y la ambición. Puede que el culpable ni siquiera sea el tiempo. No lo sé.

Seguro que te ríes por lo que voy a decir, pero yo también he sentido ganas de olvidarme de los demás. Tenía sueños que he dejado de lado porque he madurado. Tal vez eso sea lo que pasa, que maduramos y dejamos de soñar. Dejamos de creer que podemos cambiar algo. Empezamos a pensar que somos insignificantes hagamos lo que hagamos. Una vez, mi madre me dijo que no le gustaba que dijera eso de que quería cambiar el mundo. Que parecía que tenía pajaritos en la cabeza.

A lo mejor somos un grano de arena en el universo, pero no podemos pensarlo así. Solo soy un crío, sí. Por eso soy el más adecuado para decirte que no hay por qué perder el rumbo. Hay que vivir, con todo lo que eso conlleva. Sabes tan bien como yo que cuando nos protegemos del dolor, también estamos evitando la alegría. Hemos perdido a personas a las que queríamos muchísimo solamente por llevar esa armadura que evitaría las lágrimas. Hay que vivir. Con ilusión, con ganas, con lágrimas y también con risas.

Es muy extraño encontrar personas que las conserven.

Por favor, no seas así.
Recuerda que somos un equipo.

"Hay que vivir con ilusión
con ganas,
con lágrimas
y también con risas"

RAROS

Hay noches solitarias. Empiezan en una ciudad alejada del hogar. Mucha gente alrededor y nadie me acompaña. Entonces el azar me lleva hasta una plaza y alguien me sonríe. Ella me guía, me habla, confía en mí. Me lleva a cenar; me cuenta sus miedos e inseguridades. Sus experiencias del pasado. Y en un semáforo, me apetece besarla y me creo valiente. Me dice que ya era hora. La gente nos ve, hace comentarios. Ven a dos personas juntas en la acera. Aunque sus mentes no están allí. Tiempo de desconexión, de sueños y de placer. El cuerpo pide más, con un constante mordisqueo en el labio. Hasta que llega la intimidad entre cuatro paredes que seguramente ya encierran historias. Una de ellas está comenzando en ese instante. Todo parece normal. La ropa va cayendo en el suelo. La piel llega hasta la cama. Y entonces, algo es extraño. Su expresión no se altera mientras la acaricio. Su respiración no se agita. Los temblores no llegan. Su mirada sigue fija. Cuando ya no hay barreras de tela, me doy cuenta de que no disfruta de su cuerpo. Y ahí intuyo una vida llena de complejos y obstáculos. Veo un pasado de decepciones, de sacrificarse por otros, de miedo al futuro y a la cercanía. Me dan más ganas de besarla, de hacerla disfrutar con cosquillas y mirándola a los ojos. Puede que no obtenga placer en ciertos lugares, pero quiero que se sienta diosa. Al menos, que sea con mi compañía.

Y allí nos encontramos solos. Desnudos. A ojos del mundo, no hacemos nada. A nuestros ojos, hacemos el amor. A nuestra manera. Con besos, con caricias, con masajes. Con miradas y con abrazos.

Al día siguiente me pregunta por qué he vuelto. Le respondo que, para mí, ha sido una noche inolvidable.

- A ojos del mundo no hacemos nada

A nuestros ojos, hacemos el amor -

HAGAMOS ALGO

No estoy contento con mi vida. Siento que tengo los ojos cerrados. Salgo a la calle y veo tiendas, supermercados, bares. Cientos de personas que caminan a diario sin ir a ningún sitio. Trabajan para poder comer; estudian para poder trabajar. Disfrutan de su casa y de su espacio. De un techo, de una manta e incluso de aire acondicionado. Entonces encienden la televisión y están echando un programa que habla de la violencia machista con testimonios reales. Cambian de canal. No tienen ganas de más dramas en su vida. A la semana siguiente, otro programa habla de las condiciones de trabajo en las fábricas textiles de Camboya. Pero no; prefieren ver el club de la comedia. Y no los culpo, porque yo también querría. Vemos vídeos de cómo maltratan a los animales en las granjas. Las noticias nos cuentan que hay una guerra a cinco mil kilómetros en un país que no sabemos situar en el mapa. Nos estremece, pero unos segundos después ya nos hemos olvidado. ¿Y si no tuviéramos la suerte de vivir donde vivimos? ¿Es que acaso nos creemos mejores que todas esas personas?

No, no estoy contento con mi vida. Siento que no estoy haciendo nada para ayudar a personas que están sufriendo sin tener ninguna culpa. Gente como yo, cuyo único delito es estar en el lugar y el momento inadecuados. Todos nos sentimos así a veces, pero no es suficiente. Tenemos que parar esto. Hay que hacer algo. Y es hipócrita escribir esto en las páginas de un libro que, con suerte, se quedará durante muchos años en tu estantería. Tal vez solo tengamos que unirnos.

¿Me ayudas?

-¿Y si no tuviéramos la suerte
de vivir donde vivimos?-

EL FUTURO SE LUCHA AHORA

Hay frases que acaban con nuestro futuro. Esto que escribo es para ti, que rechazas el machismo pero dices que «no eres una chica fácil». Te gusta hacerte de rogar. Que tengan que trabajárselo. Que te conquisten. Pero a lo mejor no ves que una mujer no se mide por su grado de dificultad. Que no tiene por qué esperar a que nadie se la trabaje para hacer lo que le dé la gana. Que si quiere algo, puede buscarlo y punto. Sin importar lo que digan los demás.

Y una noche le dices a alguien que si se bebe ese chupito le das un beso. Como si fuera una mera moneda de cambio. Te identificas como objeto de consumo y no te das cuenta. Crees que tienes el control, pero estás haciendo daño a la sociedad.

Pretendes que el hombre llegue temprano. Y si te hace esperar un minuto, te enfadas porque eso no se le hace a una señorita. Eso sí, si te retrasas, que se aguante.

Luego eres celosa porque él es tuyo y de nadie más. Y no te gusta que te inviten, pero si te pagan la copa, mejor. Entonces das con alguien que no entra en ese juego y lo llamas raro. Alguien que no se bebe el chupito por principios. Que te dice que no le gustan los celos. Que te mira como a una igual y no como una meta en la que plantar la bandera.

Necesito decirte que estás haciéndonos daño. No solo a las mujeres, sino a todos.

Eso sí, tú tampoco te libras. La llamas amargada porque ya no quiere verte después de tres años de relación. No valoraste que tenías a alguien que te quería y, ahora que ya no quiere estar a tu lado, la desprecias. Le dices que nunca va a encontrar a alguien como tú, que está vacía por dentro. Y te da igual el daño que le hagas después de haber sido su compañero durante tanto tiempo. Crees que es amor, pero no es más que egoísmo. Te pones a contar sus intimidades a quien no las merece. Rompes la confianza por rencor en lugar de entender que ella era libre para irse cuando quisiera. Y no hablemos de esas fotos que te pasó cuando aún confiaba en ti y que vas enseñando para ridiculizarla.

Y tú miras por encima del hombro a una mujer que te descarta porque solo te ve como un amigo. Piensas que eres su mejor opción,

que la cuidarás mejor que nadie, que contigo será más feliz que con los demás. No te das cuenta de que tiene derecho a elegir lo que quiera. Que no nos tiene que gustar el que más se esfuerce, el que más dinero tenga o el que mejor nos mime. Nos gusta el que nos gusta. Punto.

Tal vez no parezca importante. Solo vemos casos aislados. Decimos que hay que respetarlo todo. Hasta que esas creencias que empiezan con un gesto ambiguo acaban en sangre.

«Tenemos derecho a elegir
lo que queramos»

MOMENTO INMORTAL

Acaba de pararse el tiempo. Estoy escribiendo en un instante que perdurará. Se ha quedado dormida. Miro las pocas estrellas por la ventanilla del coche y todo está vacío. Mi chaqueta en sus piernas. Mi camisa sobre su torso. Y entre sus brazos: mi mano. La noche es fría y yo apenas llevo ropa, pero no me quiero mover. Solos ella y yo mientras el mundo descansa.

Aunque sé que este momento durará hasta que se despierte, en este instante no quiero las miradas de nadie más. Solo sus caderas con las mías, convertidas en nuestras manos entrelazadas. No recuerdo sentir tanto al mirar a los ojos a alguien. Al sentir su sudor en mi pecho. Al acariciarle el pelo mientras duerme.

Pasé tantos años buscando el amor que no me di cuenta de algo fundamental: no se puede encontrar. Es ahora cuando entiendo que el amor es ahora. Hace tiempo creí que una chica era mi alma gemela, pero solo era yo. Miraba lo que quería ver.

Creo que aprendí bien.

Si estás leyendo esto, te diré una cosa: tal vez un día aparezca alguien. No lo culpes de tus miedos. Déjalo ser como es. Permítele que te sorprenda. Que te diga que es malo, que es salvaje. Y disfruta cuando se duerma a tu lado y te coja de la mano. Cuando entrelace sus piernas con las tuyas. Siente escalofríos cuando encuentre el punto que más te gusta que te acaricien. Goza cuando gritéis juntos y cuando te agarre las manos y te pida que no pares. Déjale sonreír con inocencia y declararse culpable de gemir por ti.

Deja que el tiempo siga su curso. Sé valiente para aceptar las derrotas y cobarde para luchar por quien lo merece, en lugar de valiente luchando por nada y cobarde por no haber sido derrotado.

He aprendido que la vida es sentir el calor de su cuerpo. Es no encontrar el momento para verla hasta que aparece ese hueco en el tiempo en que puedo desaparecer un rato. Mirarla a los ojos. Quitarle la ropa en silencio. Matar el mundo y los problemas con sus labios. Esos que noquean solo con perfume. Entonces fluyen los fluidos. Comienza el viaje a través de la piel y el calor. Las caderas se funden. Saben lo que hacen porque ya lo han hecho muchas veces. Y culminan juntos. No hablo de personajes de cuento. Hablo de personas que han

sufrido, llorado y follado más de lo que dicen. Personas con miedo a volverse adictas a esos besos en el cuello y a los temblores del final. Pero no porque lo hayan visto o leído, sino porque ya lo han sentido. Y las lágrimas del pasado son los miedos del futuro. Eso somos: lágrimas que no quieren volver a sentir.

Lo mejor de esos ratos no es el movimiento. Es la quietud del después. La tranquilidad de encontrarme entre sus dedos. Mirar la nada y pensar en ella aun cuando está ahí.

Tengo miedo de que llegue el futuro y ella no esté conmigo. Quiero superarlo y únicamente disfrutar de cada momento. Quiero vivir sin pensar en lo que vendrá. Pero no me quiero imaginar sin enviarle ese mensaje antes de dormir diciéndole que está bonita en esa foto, o que le hago hueco en mi cama por si quiere venir de noche.

Tengo miedo de decirle que quiero estar con ella durante mucho tiempo. De ser normal y pedirle que salga conmigo, decirle que quiero que sea la única que tenga hueco en mi ducha. No quiero cometer errores con ella. No quiero que se vaya sin mí.

Sé que no es justo pretender atar. Decidimos que seríamos libres. Que seríamos diferentes.

He aprendido mucho, pero todavía me queda mucho más. Sin quererlo, he sucumbido al vivir junto a ella. Y cuánto me alegra errar una y otra vez. Si es por volver a este momento inmortal, me equivocaría a diario. O eso creo hoy, mientras ella duerme. Lo que quiera cuando despierte, no lo sé. Pero por ahora no voy a dejar de acariciarle el pelo.

Cómo duele pensar que ahora son recuerdos y todo acabó en un simple adiós.

-Si es por volver a este
momento inmortal,
me equivocaría
a diario-

Agradecimientos

La ilustradora, Adriana Tejero, y yo queremos agradecer especialmente a las siguientes personas:

Chica poesía: A la modelo Ekaterina Maskó (@ekaterinamasko) por ceder su imagen y a la fotógrafa Inés Solé (@notalady), sobre cuya fotografía nos hemos basado como base para la ilustración.

Amores imposibles (relato y portada): A Bea Cabellero. Amiga y musa en todo, siempre.

Perfecta: A Nuria Fernández (@mrscatphotography), por ceder su fotografía, su autorretrato e inspirarme como imagen para dicho relato con su fortaleza.

Carta a mi yo futuro y *Raros*: A Carlos Ramos. Presente y futuro, que venían a la perfección para ambas ilustraciones.

El futuro se lucha ahora: A Zoe, Mariana y Víctor. Por educar al ejemplo de todas nosotras. Y en particular a ella por portarse tan bien cuando le hicimos tantas fotos.

CARTAS QUE NUNCA ENVIÉ
de Yauci Manuel Fernández Inglés
se terminó de imprimir en Granada
el 9 de abril de 2018.
Tal día como hoy de 1821 nació
el escritor francés Charles Baudelaire.

Table of Contents

Chica poesía
Maldito espejo
Te dejé marchar
Amores imposibles
La última noche
Perfecta
Carta a mi futuro yo
Raros
Hagamos algo
Momento inmortal